CAPITULO XVI

UN CASAMIENTO

Son las diez; la desposada está vestida; se ha colocado, con su madre, á la entrada del gran salón; dos ó tres parientes cercanos están allí; los lacayos se han puesto los guantes y se encuentran preparados para anunciar.

Ya conocía la casa, la han trastornado de arriba á abajo: era preciso ponerla de nuevo; dos días de tapiceros, compras de cortinas, alquiler de muebles; han escondido las cosas viejas en las alcobas y en los armarios. El saloncito ha sido renovado, el gabinete del padre transformado en tercer salón; han abierto á la circulación dos dormitorios; los lechos, bien cubiertos de seda fina, hacen muy buen efecto con sus sábanas de encajes. Los sillones son blandos, hay algunos en los rincones obscuros; podré bostezar allí libremente.

La instalación es correcta y completa. Por lo demás, lindo casamiento; veintiocho mil libras de renta para empezar, otro tanto en lo por venir; buena casa, buenas relaciones, es la burguesía rica. El novio monta bien á caballo, tiene buena barba, posee fincas en el Perche, es ya consejero general y sueña con ser diputado; sus saludos son perfectos; está á retaguardia con su suegro y recibe á los hombres; imposible ser más correcto; cada diez minutos va á decir una palabra á la joven; ni demasiado atento ni serio en demasía. Su brazo está dispuesto, su espina inclinada,

su boca sonriente; va llevando á las señoras al saloncito donde el notario, colorado y majestuoso, y su pasante, rígido como un maniquí de modas, ofrecen la pluma para la firma del contrato.

Se oye el rodar de carruajes y luego pararse de repente. Este ruido se repite con frecuencia, primero débil, luego aumentando, después de varios á un mismo tiempo, y, por fin, un estrépito. Los vidrios resuenan, los cocheros gritan, los pavimentos relucientes despiden reflejos extraños, y en la gran obscuridad de la calle, los picos de gas envían sus claridades vacilantes en forma de penacho. Las mujeres, muy tapadas, entran y suben, ahuecando sus faldas; al llegar á la antesala se revisan en el espejo; después, de repente, como obedeciendo á una orden, toman el aspecto de ceremonia. Cada una tiene el suyo. Madame S... busca la simple sonrisa. Madame de B... avanza hueca y resplandeciente, con movimientos acompasados como en aire de marcha. La pequeña Luisa D... se desliza débil é intranquila al abrigo de la sólida muralla, del baluarte movible que halla en su madre. Algunas parece que corren al asalto, otras entran como soldados que vuelven victoriosos. Teniendo buena vista, se conocería por esta actitud su carácter totalmente.

Cumplimientos y caricias hasta lo infinito. La novia y su madre dan cada minuto y medio como un gran chapuzón en sus vestidos. Los salones se llenan, los hombros satinados se oprimen bajo el terciopelo de los sofás, las flores de los peinados se agitan por los movimientos de las cabezas, un sordo rumor continuo, una especie de cuchicheo universal, breve, que acompaña al ruido leve del roce de las faldas; los hombres graves, llenos de cintas y placas, empiezan á circular

con el aspecto de severidad y de resignación propios de su categoría y de su edad. El futuro y su suegro dicen por la nonagésima vez: «¡Qué amable ha sido usted al dignarse venir!» El novio ha oído otras tantas veces este cumplimiento: «Felicito á usted, amigo mío; es usted un hombre feliz.» Estrechones de manos, palabras cordialísimas. Se oye rechinar en la sala de al lado la pluma del notario. Las buenas amigas se dirigen al segundo dormitorio, el que está tapizado de color de rosa, y examinan los estuches colocados en un terciopelo blanco. El calor aumenta y yo pienso en los sorbetes.

El padre entona interiormente este monólogo: «Mil quinientos francos para la fiesta y la comida; las botas me están estrechas y yo pasaría más agradablemente la noche en el Círculo. Pero este es un día de revista. Es necesario para mi representación. Yo no exhibo á mis amigos: hay aquí tres grandes cruces, diez comendadores, un mariscal de Francia, dos primeros presidentes, una docena de condes y de marqueses auténticos. Todo esto entra en lo que aporta mi hija; yo soy un hombre de buena posición, y presento la prueba de ello; cuando mi yerno tenga necesidad de un puesto, cuando á mí se me ocurra enviar mi nombre al *Moniteur*, si deseo ser administrador de una compañía, todo me saldrá á pedir de boca; el agua va siempre al río.»

Breves soliloquios intermitentes de la madre: «Juana está demasiado apretada.—¡Dios mío! se olvida de estar afectuosa con la señora del presidente, ella la cree quisquillosa y áspera; Juana, corazoncito mío, se trata de la lección de tu marido.—No traen los helados.—Juana, has desgarrado los guantes.—Allí hay una lámpara que va á estallar.—Juana, no pareces contenta.—Juana, aparentas demasiada satisfacción.—Mi vestido va á reventar por la espalda.»

Coro general de jóvenes *sotto voce:* «Me gustaría más un rubio.—Yo, al principio, no me atrevería nunca á hablar así á mi futura.—Le sienta bien la cinta roja.—No tiene más que una; mi hermano tiene tres, roja, amarilla y mixta.—¿Firmará ella primero? Esto trae la felicidad; dicen que entonces, la mujer manda en la casa.—¡Ah, Dios mío!, diamantes verdaderos; ¡qué preciosa crucecita, qué hermosos pendientes antiguos!—Su talle está bien; sin embargo, me gusta más el matiz de mis cabellos.—Gris perla, es bonito; pero debía tener *bullones* en las mangas.—¿Recibirá el jueves?—Mi querida Juana, déjame que te bese; ¡cuánto te quiero!»

II

Soy un antiguo amigo; Juana me ha presentado á su marido; yo la miraba bien; es imposible ser más parisiense, más mujer de sociedad.

Esto es innato, y la educación lo ha completado, comprimiéndola y excitándola á un tiempo. La postura más bonita de un caballo de mucho valor, es cuando piafa y se encabrita suavemente obedeciendo á la brida.

Una mezcla exquisita de modestia y de seguridad. No se puede afirmar que ella tenga talento; su talento consiste en el arreglo de su vestido, en sus actitudes, en la elección de esas flores pálidas que entrelazan sus capullos en sus cabellos. Además, el verdadero talento sería inconveniente; una mujer de esta clase

no puede tenerlo sino casada y á los treinta años. Pero no le faltan palabras, sostendrá muy bien su salón, soltará con gracia esas frases que reanudan las ideas y dan á la conversación un nuevo giro. No se debe exigir talento en las conversaciones de sociedad; su perfección consiste en que sean, no hueras, sino casi hueras; las agudezas, lo mordaz, la originalidad, la profundidad desentonarían en ellas; allí todo se atenúa. Estoy seguro de que las doscientas personas presentes no han producido en tres horas una idea ó una palabra que valga la pena de ser escrita. El encanto consiste en la soltura, en la voz modulada con moderación, en los cambios de tono hechos sin esfuerzo ni brillo, en un perfume universal de cumplimientos fáciles y de elegancia fina. Juana me ha dicho «¡Buenas noches!», esto no exige mucho gusto de inventiva; pero el sonido de su voz, es casi tan dulce como el de una flauta, y la corta reverencia que hace relucir y sonar á su vestido, deja en la memoria el recuerdo de una pintura graciosa. Eso basta, nadie le pide ideas; ¿quién se preocupa por las ideas en un baile?

Todo eso es, en ellas, obra de su pasado; nosotros, los hombres, nos rellenamos de razonamientos, nos sometemos al régimen del latín y de las matemáticas, colocamos en nuestra cabeza, en compartimientos de todas clases, grandes ideas rectangulares; al marchar, somos pesados, vigorosos, y nuestras acciones, nuestros juicios salen con la rigidez y el peso de una máquina. Ellas, por el contrario, dejan resbalar por su espíritu la geografía y el catecismo; nada penetra en él; las fórmulas secas y desproporcionadas corren como un aguacero por un paraguas de seda; por debajo de esta lluvia oficial, se forma su ser verdadero, compuesto de sensaciones puras, de repugnancias, de

simpatías, de imágenes, de deseos vagos, que ondulan y vibran. Esto produce una armonía imprevista, de una delicadeza y de una precisión extrañas. Nosotros nos quedamos estupefactos, con la boca abierta; ¿cómo un instrumento tan mal ejercitado ha podido producir un sonido tan armonioso, tan puro?

Por otra parte, en este mundo por lo menos, el sonido es muy débil, y la escala muy limitada. Ninguna emoción sería profunda. Ella habla sin cortedad, tranquilamente, con aquel joven que mañana será su marido: ella hace los honores y parece que de casados llevan dos años. No tiene que violentarse, para llegar á esa semialegría sonriente; entra en el matrimonio, como se sube á un carruaje para una linda partida de recreo. Su sentimiento es la satisfación de establecerse conforme á todas las conveniencias, con todas las satisfacciones, es decir, un marido elegante, de buena familia, activo, que está bien á caballo; cuatro meses en París, ocho en un lindo castillo, muchos bailes y muchos vestidos, una canastilla de veinte mil francos. Las zozobras intensas, el silencio decidido ó lleno de angustias, la idea de una vida azarosa ó de un ideal logrado, se hallan á cien leguas; ella me habla de su peinado, me pide datos acerca de los hoteles de Niza, etc. Una muñeca muy linda á quien gusta guiar, que os da lustre en el mundo, graciosa, que aviva y despierta el gusto con la perfección y las renovaciones de su *toilette,* esto es lo que va á hallar el novio, y á fe mía, creo que él se hubiera visto en un conflicto si hubiese encontrado algo más.

III

El suizo obeso marcha haciendo sonar su bastón.

Todos los cirios están encendidos, el viril y el tabernáculo relucen entre las columnas; las casullas y las estolas despiden chispas de fuego, á medida que las genuflexiones del celebrante hacen reverberar los bordados damasquinos de oro; los dos frescos de Flandrín desarrollan á ambos lados del altar sus procesiones de figuras nobles y sabias. Delante, en sillones de terciopelo carmesí, á la vista de todos, se muestran los parientes más próximos, la casada, como una blanca aparición, la madre con encajes dignos de una reina. Todo brilla y centellea. Los pliegues opulentos de las colgaduras aprisionan voluptuosamente la púrpura de las claridades temblorosas. El órgano, vaga, perdido en ondulaciones suavísimas, ya tierno, ya grave, á veces con ligeros arpegios que revolotean como un enjambre de abejas luminosas diseminadas por el éter sereno.

Muy bonita ópera, parecida al quinto acto de *Roberto el Diablo,* pero *Roberto el Diablo* es más religiosa. En cuanto se vive en un país latino, en Francia, en París, todo toma aspecto de ceremonia. El sermón á cargo de M. Belamy, predicador célebre; discurso académico, frases perfectas y acabadas, felicitaciones á todos. Felicitaciones á la madre «en quien todas las distinciones del talento se unen á todas las delicadezas del corazón». (Ella ha escrito un folleto sobre la asociación de la Santa Infancia.) Felicitaciones al suegro, «quien, después de haber llevado la bandera de Francia á las comarcas lejanas donde había dejado de flotar por espacio de seis siglos, presenta al nuestro relajado, como los antiguos combatientes, la raza y perfecta alianza del guerrero ejemplar y del cristiano fiel (antiguo coronel en Africa; hoy es mayordomo de fábrica de su parroquia)». Felicitaciones á un académico que se encontraba allí, «y cuyo estilo primoroso tomado de las puras fuentes del siglo XVII, recuerda, etcétera.» También á un diputado, «cuya palabra elocuente excita y aplaca á gusto suyo, etc.» Igualmente á los jóvenes esposos. Todo esto pronunciado muy bien, en periodos simétricos de retórica escogida, lentamente, con el tono adecuado. ¡Excelente tenor! Mi vecino, al referir esto á un retrasado, decía: «Ha obtenido mucho éxito.»

IV

Un niño y una niña, graciosos, finos, con sus trajes de terciopelo, van pidiendo, sonríen cuando se les da algo. Es un precioso intermedio.

V

Conversaciones en la iglesia: «Juana es bonita, pero su marido es descolorido.—Serio como una estaca, eso hace parecer tonto.—Está como exigen las circunstancias; allí quisiera yo ver á usted.—¿Tiene usted monedas de diez sueldos? deme usted una. Yo no soy pariente y no tengo más que oro para la colecta. —¡Buenos días! ¡buenos días! Usted también por aquí. ¿Viene usted por el esposo ó por la esposa?—Por el esposo; la chica es muy guapa.—Yo me quedo en las calles de travesía; por lo menos pasearé.—¿Le gusta á usted Flandrín?—Sí, la gran composición de la derecha, pero lo demás es una tontería con pretensiones

bíblicas.—Idealista rígido; ese hombre se ha agujereado el cerebro para estar frío.—Venga usted, Bernardo, eso es feo; ¡vaya una exactitud militar!—No me hable usted de tal cosa; mi coronel es un perro cuando se trata de permisos.—La casada lee en su libro de devociones; lo hace por el buen parecer. ¡Calle! ¡música vocal! es un casamiento de mil doscientos francos.—Mil quinientos, por las colgaduras y la alfombra de la escalinata de la iglesia.—¿Ha oido usted á Mme. Lagrange?—Buena cantante, tiene estilo y seguridad, pero está hecha de estaño batido.—Al fin viene el sabio y meditabundo Varillon, de corbata blanca y con un libro grande bajo el brazo.—Yo he tomado el coche sólo por una hora; voy á la sacristía, no hago más que atravesar la iglesia; lo esencial es un apretón de manos al padre.—Sigamos, ¡bum! ¡bum! ¡buf!, hay cola, como en el teatro.—¿Habló usted de mí á su jefe?—Todavía no, el animal está ausente. —Apretemos los codos y adelante. ¿Dónde está el padre?—Allá abajo, en aquella apretura, donde se dan la mano.—Mil felicidades, mi querido señor.—¡Cuanto me alegro de ver á usted! Un millón de gracias.—¿Ha terminado usted, Bernardo? yo me voy.—(El portero.) Por aquí, señores, el pasillo de la izquierda (¡pif, paf!) Señoras, tengan ustedes la bondad de seguir; vuelvan ustedes, caballeros (¡pif! ¡paf! ¡bum!) —¡Qué aire tan fresco! ¡gracias á Dios! ya estamos libres.—La pobre muchacha ha hecho ciento cincuenta reverencias y aguantado ciento cuarenta hocicos viejos.—Esperen ustedes á que me abroche el *paletot*. —Mendigos, criados, papanatas en fila; esto es la salida de los Italianos.

CAPITULO XVII

LA PRIMERA DAMA

El hígado me ha atormentado este invierno; consecuencias de haber viajado por la India. No he salido de casa, y, á falta de algo mejor, he querido ver el mundo en pintura; tenía en mi mesa las *Comedias* de Emilio Augier y de Alejandro Dumas, hijo. Pintan con exactitud, es su oficio.

Dos caracteres llaman la atención en ellos como en todas partes, el enamorado y la enamorada. En efecto; esos dos personajes son dignos de amor, es decir, los más perfectos posibles. Veamos á qué se llama perfección en Francia en 1865, principalmente tratándose de mujeres.

En otro tiempo, el asunto era muy sencillo. Se ponía á la hija en una caja, que se cerraba con llave, hasta que cumplía quince años. En esta época salía, pero bajo la falda semifeudal de su madre; el padre, serio como un portero de catedral, iba de guardia á su lado. Ella bajaba los ojos, se mantenía derecha; estos eran sus dos primeros deberes. Retrasar la aparición de las ideas y de los sentimientos, mantener el alma en la ignorancia y en el candor primitivos, enseñar la obediencia y el silencio; á esto se reducía la educación, enteramente represiva. Yo visito de vez en cuando á dos señoras ancianas que me han referido su infancia. Fueron educadas en París, pero detrás de unas rejas, las cuales estaban provistas de espesas